

Discurso sin método para armar palabras

Por la calle pasaban tediosas las palabras vagando en silencio,
pasaban las palabras sin tener nada que hacer ni que decirse,
las palabras perdidas en una guerra perdida antes de empezar.

Marchaban todas perdidas porque no tenían relojes donde verse,
porque no encontraban perfiles para llegar a ningún sitio donde
nadie las esperaba,
desde que los niños del mundo dejaron de estar en ningún sitio
a ninguna hora,
los niños mudos en un mundo mudo y olvidado de su existencia
mientras las palabras pasaban por las calles hacia ningún sitio,
desde ningún sitio.

Esto era en la era agorera de las guerras por venir,
cuando un hombre dio un grito en el vacío para romper con los
amores silenciados,
saludó, se puso el cuello y dijo: «Quiero escribir, pero me sale
espuma»,
y escribió un verso interminable que no cabía en el mar y volvió
a la tierra,
y el verso se hizo tierra y el hombre se quitó el cuello y retiró
su saludo al mundo que estaba en guerra consigo mismo.

Las palabras reconocen al pastor

En aquel momento las palabras se sintieron necesarias y
sacudieron sus cenizas,
sacudieron sus cenizas y se hicieron de fuego para justificarse,
para justificarse o para confundirse con las cosas que hasta
entonces no habían visto.
Las cosas que hasta entonces ignoraron su nombre porque las
palabras estuvieron perdidas.

Y el hombre eligió las palabras que eran suyas desde siempre,
las fue probando de una en una y por fin las aprobó a todas,
porque se encontraba a gusto con ellas en la boca, con ellas
colgadas en un espejo delicadísimo en donde estaba escrito:
«Y si después de tantas palabras,
no sobrevive la palabra!»

Para qué sirven las palabras

Las palabras volvieron al vientre potente y voraz de la tierra,
desnudas de toda conciencia, quemadas de fiesta y halagos,

volvieron a ser el principio y el fin de las cosas y abrieron las
puertas del tiempo,
de modo que entonces los hombres pudieron sentirse seguros de
estar en el mundo por una razón.

Las palabras repiten la vida y la muerte con suma eficacia,
responden por ellas, preguntan con ellas, se esconden en ellas y
piensan seguras de sí las palabras,
palabras que tienen fijado el camino de ser una sombra del
hombre que pasa fijando su sombra al camino sin sol.

Ya vestales vestidas de viejos y nuevos vestigios de secas cenizas
y espadas roñosas,
entonces a César Vallejo le hendieron los ecos en donde sonaban
las voces tranquilas que un día dijeron los muertos de
todas las guerras civiles,
de modo que expuso la cara a la muerte gritando, cantando y
llorando de rabia, de saña y de nada por todo el silencio
pesado en la tierra,
pidiendo preguntas, preguntas, preguntas que nadie escuchaba.

Las palabras atrapadas por la cola

Furia del cielo y pasmo de la tierra, pasmo también del cielo,
las palabras arrastran la mirada
sobre las ruinas fieles de los símbolos:
cuando se nombra la verdad existe, cualquier verdad existe,
y en los pozos se esconden las estrellas
que quieren reflejar los automóviles con sus luces en marcha.

Dibujan la verdad y la mentira
rumores tristes donde nunca moran,
pero al final repican sus imágenes,
porque la vida habita con la muerte
como los años se deshacen rotos
perdidos en un círculo de círculos.

Y son distintas las palabras dichas
por las mismas palabras, se distancian
de su primera apuesta por la música
y en seguida se doblan en los mitos.

Y así es la historia cada día nueva,
cera de eternidad con tantos nombres
que nunca se repiten en sus límites:
«Hablan como les vienen las palabras»,
dijo César Vallejo sin pensarlo,
pero pesando el movimiento estable

de la palabra por el aire lento,
su peso en viento y su razón mecánica.

Porque es verdad que vienen y se vuelven de pronto
de espaldas a la nada, que retornan y sueñan
y que se van y asienten y se marchan vencidas,
que llegarán y concluirán quedándose,
llamándose por fin César Vallejo
y odiándose ellas mismas con ternura creciente
por estar en un libro que no acaba ni pasa
ni empieza ni es un libro, sino la tierra entera,
palabras como tierra que hacen crecer los árboles
hasta su propio cielo cubierto por las máscaras.

Arturo del Villar

Vallejo mismo

Ser uno sin querer César Vallejo,
saber cómo el difunto vivo ardía,
estar con él a solas cual solía
desde su corazón a su entrecejo.

Testamento de todo lo que dejo:
tener hambre del hombre en agonía,
beber el cáliz de la poesía,
ser éste sin cesar César Vallejo.

Cómo salir de tan profundo abismo
donde retumba idéntico el denario,
si ya vivo o difunto soy el mismo,
desesperadamente necesario.
Cómo dejar de ser, si está lo mismo
de oscuro el Valle al pie de mi calvario.

Cintio Vitier

Leyendo a César Vallejo

Una vez me dijo un tonto que él no leía a César Vallejo para no ser influído. Uno de los muchos componentes que hacen falta para hacer un tonto, es el error; mi tonto estaba equivocado. No basta no leer a César Vallejo, habría que dejar de leer en español para evitarlo, porque todo el idioma a partir de él, lo incluye. Algunas veces explícitamente y otras solapada la mayoría de los escritores (o todos, ya que dije escritores) en algún momento de sus vidas sucumbieron a su maravilla. A veces, porque nuestros países albergan pájaros de inusitados plumajes, no lo han leído a Vallejo sino a otro poeta transmisor, otras ni siquiera han leído a ningún poeta (doy fe ante escribano que un conocido novelista me confesó a cara descubierta que él nunca leía poesía), sin embargo están igualmente inoculados. Vallejo es desde hace años parte de nuestra herencia genética, de nuestra memoria del mundo. Virtud de gran poeta es ésa de hacerse uno para siempre en el idioma. Toda palabra en español trae a Darío, a Neruda, a Vallejo, como trae a Machado, a Hernández, a Lorca. Lo que une a España con las repúblicas americanas, más que el comercio, es la palabra de sus poetas. Perú llega a España en la palabra de Vallejo, con una majestad sonora como nunca pudo soñarlo un presidente de república. Vallejo trae el corazón de Perú, su llogada presencia, la prueba irrefutable de un resultado: esto habéis hecho de mí. Esta desgarradura nos ha marcado a todos. He intentando cantarle cerca de su palabra, he puesto mi oído junto a él. Es una forma de decir que lo amo. Que lo amo tanto.

I

Distraído y rotundo hombre de abajo
 Carnívoro animal maravilloso
 ¿Quién sabe tus sorderas lamentables
 y quién
 cuándo saltará la chispa de tus ojos?
 Mi garganta con cara de cansada se va a desesperar
 Se va a sentar al borde del camino
 y allí te va a esperar.

Te sentías un huaco de los indios
que asomaba su arcilla con sus frutas
de acideces antiguas aún verdes:
querías madurarlas en tu carne,
en vocablos regados por tu angustia,
cerámica vasija de tu raza.

Una quena serías para el llanto
del hombre maltratado y melancólico,
del niño desvalido y harapiento:
serías yaraví de sus desdichas,
caramillo agridulce de sus penas,
tristísimo flautín de caña ósea.

Tú, perulero pobre, altitudes
y honduras rebuscabas hacia dentro
de ti, de tu conciencia: heredabas
el antiguo saber de andinas punas,
humedad vegetal que salvarías
en ese noble pozo de tu frente.

El mal de la montaña, ancestrales
soroches y tungstenos redivivos
concitarían muertes, salvaciones,
metafísicas ansias, ciegos raptos.
Altiplanos soñabas como cumbres
que nunca tu nostalgia alcanzaría.

¿Te dictaban los cholos tus poemas?
¿La anciana pensativa, pre-incaica,
y el viejo coraquenque desterrado?
¿El paisaje, también? ¿El aguacero
que el corazón empapa bajo el poncho?
El cóndor y las llamas vigilaban...

Después, *heraldos negros* proclamaron
que ya habías nacido con tus ascuas
—lengua propia e indígena abrasando—,
en comunión, en ágape sin vino,
en cena del hambriento con su fiebre,
oracional bautismo de tu raza.

II

BALBUCEOS edénicos en *Trilce*,
vagidos eran puros de ese ámbito,
recién creado, virgen y hasta póstumo
de americanas tierras que expresabas

en extrañas imágenes litúrgicas,
entrevisiones, óleos sapientes...

Tus párpados abrían sus plumajes
para ver los altares en que el Tiempo
iba quemando cirios de la vida:
piadosos duermevelas encubrieron
los nocturnos horarios del insomnio,
los silencios unánimes, baldíos.

A tu amada encontrabas, diminuta,
germinal, obediente, que cosía
a la suya tu piel con dedos tiernos,
amorosas agujas de la dicha,
de la suave tristeza, en sus paréntesis.
Un agua se volvía aquella novia...

Psicológico impacto tú descargas,
verbales explosiones que culminan
en sublimada Madre, pan del hijo
y tahona, además, en que se dora:
bizcocho dulce, leve yema blanda...
Nos conmueve, terrígeno, su símbolo.

Tu la cárcel recuerdas... ¡Ciento trece
jornadas entre cuatro paredones
en celda de Trujillo! ¡Sus barrotes!
Rehabilitada suerte no te basta
para borrar la herida de estar preso.
¡Ay, aquel «lynchamiento» te dolía!

Las almas «*se acurrucan*» con la tuya
en aquella prisión que fue tu casa...
Mas el amor espera con paciencia
en el pecho... Solloza algunas veces.
Entre sueños, se calla... Esperando
que el carcelero abra los cerrojos.

En libertad, asocias emociones,
eléctricas protestas del que sufre
la sed y la injusticia que no acaban,
desolada orfandad, los atropellos...
Tu dolor nos traspasa, sin alivio,
actores —como tú— en la tragedia.

III

Y a España tú viniste, nueva Madre
que, expulsado de Francia, tú adoptabas

con ánimo filial, reconocido
 por hermanos poetas saludándote...
 Entrabas en la calle con *Ahora*,
 con *La Voz* y la *Estampa* madrileñas.

Un proletario fuiste con tu pluma:
 denostaba injusticias y miserias
 de albañiles, obreros y peones.
 Ya marxista convicto, tu mensaje
 unías al de Alberti y de Larrea,
 de Berganiín también, republicano.

Nuestra Guerra llegó y la viviste,
 generoso e intenso, con nosotros...
 La sangre y el dolor tu poesía
 despiertan nuevamente: son *humanos*
poemas los que escribes con «*tristumbre*»
 de cólera y tristeza execradoras.

Los días de Gijón, de Talavera,
 de Teruel, Cataluña, apocalipsis
 eran que sufrías, lacerándote:
 cadáveres sin armas parapetos
 defendían aún con pocos vivos
 y las rojas banderas encendían.

No convalecen nunca las congojas
 y bolchevique eres que no asumes
 latrocinios, linajes milenarios.
 Los hambrientos te duelen más que nunca,
 el pedazo de pan y la camisa
 que les niegan los zánganos sociales.

Los mineros te duelen... Socavones
 de negrura absoluta los consumen:
 a la luz tú quisieras empujarlos,
 mientras sufres con ellos: tu linterna
 les traspasa con fe para que suban
 al nuevo amanecer de la esperanza.

Pues el dolor del mundo va creciendo
 como un monstruo voraz que martiriza.
 Tanto dolor jamás —dices— que hubo,
 que el llanto crece y crece y nos inunda...
 Condenan con sus látigos y gritos
 crucifican, retuercen y dislocan.

IV

Y a España le suplicas que su cáliz
lo aparte de tus labios, de tu espíritu...
Serías miliciano en sus batallas,
ante Goya rezando y tu Cervantes,
o Calderón, Quevedo, Lidia Odena,
Teresa de Jesús y el pueblo todo.

En tu plegaria pura convocabas
a exangües criaturas y a los genios
civiles, campesinos, voluntarios,
maestros redentores, combatientes,
al niño que jugaba (asesinado
por satánico fuego desde el aire)...

Convocaste extremeños, toledanos,
a vascos y a los cántabros... ¡Guernica!
Cementerios ardían con sus muertos
inmortales... Y Málaga indefensa
hacia la mar huía inútilmente...
Por Málaga llorabas y llorabas.

Con todos los mendigos mendigaste
en Roma y en París, en ese Londres,
en neoyorquinas calles... por España,
a costas con su duelo y desventura,
con su negra orfandad y su abandono.
Por tu Madre rezabas, mendigando.

En tu Huerto de Olivos tú rezabas,
rezabas y llorabas, confundidos
tu sangriento dolor y tu esperanza.
A niños y varones convocabas,
pidiéndoles amor para esa Madre
que adoptaste y amabas con sus muertos.

Y a ese amor unías tu salmodia
trascendente, profunda, franciscana,
tu humanísimo rezo por los pobres,
por los tristes y solos, miserables,
por el ladrón, el justo y el que duerme...
¡Solidaria empatía bondadosa!

Cuando llegó la hora de tu muerte,
tu bronca voz a todos anunciaba
que te ibas —¡venías!— a tu España:
agónico deseo ya cumplido
porque tú eres un hijo de su Historia,
yaraví de su lengua y de su sangre.

Concha Zardoya